

La poesía en las dos orillas: acerca de la experiencia incesante de mis años de estudio en Madrid

Luce López-Baralt (Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras)

RESUMEN

En esta breve memoria de mi experiencia como estudiante hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid a fines de los sesenta rememoro las dificultades que conllevó el estudio de Filosofía y Letras en dicho centro docente en la época de la dictadura, pero también celebro el riquísimo panorama literario al que tuve acceso: conocí de cerca a Dámaso Alonso, José Hierro, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, entre tantos otros; me deslumbró la personalidad de mi compañero de estudio, Luis Rafael Sánchez, y accedí a la aventura de seguir las huellas de Rubén Darío al pueblito provinciano de Navalsauz, donde vivió con Francisca Sánchez.

Palabras clave: Universidad Complutense de Madrid, Universidad de Nueva York en Madrid, Dámaso Alonso, José Hierro, Luis Rafael Sánchez, César Ardavín

ABSTRACT

In this brief memoir about my experience as a Latin American student studying Romance Languages at the Universidad Complutense de Madrid, I recollect about the difficulties of being there in the midst of the Franco dictatorship; but I also give testimony also about the immensely rich literary experience that opened up before me: I was able to share closely with Dámaso Alonso, José Hierro, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, among many others; I was duly impressed by my colleague Luis Rafael Sánchez's radiant personality, and I was able to follow in Rubén Darío's footsteps in provincial Navalsauz, where the famous Nicaraguan poet lived with Francisca Sánchez.

Keywords: University of Madrid, New York University in Madrid, Dámaso Alonso, José Hierro, Luis Rafael Sánchez, César Ardavín

La poesía en las dos orillas: acerca de la experiencia incesante de mis años de estudio en Madrid

Luce López-Baralt (Universidad de Puerto Rico. Recinto de Río Piedras)

Margot Arce, la insigne garcilasista puertorriqueña que se formó en la Universidad Central de Madrid bajo la dirección de Menéndez Pidal, me contó una curiosa anécdota: el mismo día que llegó a Madrid para cursar sus estudios doctorales a finales de la década del veinte, fue a dar una vuelta en tranvía para ver la ciudad. En medio del gentío advirtió un joven vestido, extrañamente, de marinero. “Era guapísimo”, me confesó. Una vez de regreso a su residencia, le informaron enseguida: “Has visto a Rafael Alberti”.

Mis propios estudios graduados en la Universidad de Madrid (ahora, la Complutense) a fines de la década de los sesenta también estuvieron aureolados por la presencia de algunos ilustres miembros de la Generación del 27. Eran aún los años de la dictadura —tiempos recios, como decía Santa Teresa—, y la Universidad, frecuentada por huelgas y “grises” a caballo, veía violentado el clima de sosiego propio de las aulas universitarias. Tengo que decir que mi Facultad de Filosofía, tan fría que en invierno tenía que tomar notas con guantes, guardaba poca relación con aquella institución abierta y modernísima que contaba con claustrales de la talla de Ortega y Gasset, Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Asín Palacios y Pedro Salinas. Como estos ilustres profesores, la célebre vidriera del vestíbulo de la Facultad, obra maestra del Art Decó, destruida durante la Guerra Civil, ni siquiera era parte del imaginario del estudiantado. Descubrí lo que fue mi alma mater perdida en la Noche de los tiempos (por decirlo con palabras de Antonio Muñoz Molina, que la noveló con nostalgia), gracias al volumen *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, coordinado por Santiago López Ríos y Juan Antonio González Cárceles (2008). Así de olvidada estaba la propia historia en mis años de estudiante.

Nadie quedaba a salvo de las tensiones propias del momento. Ni siquiera Dámaso Alonso, sobre cuya poesía había escrito mi tesina de graduación, *La idea de Dios en la poesía de Dámaso Alonso*, para la Universidad de Puerto Rico. Vivamente interesado en un estudio sobre sus versos, Dámaso (así me exigió siempre que le llamara) sostuvo correspondencia conmigo por un año, proveyéndome datos y ediciones raras para el trabajo, y una vez en Madrid, estrechamos una entrañable amistad que habría de durar muchos años. Nunca olvido el día que lo conocí en su jardín florido

de Chamartín de la Rosa, que engalanaba un gato silvestre llamado Roldán. El nombre irónico se lo ganó el felino por su cobardía: siempre estaba subido a los árboles, temeroso del mundo. Dámaso descubrió que mi hermana Mercedes y yo amábamos los gatos, y cada vez que íbamos a su casa le daba previamente un plato de leche a Roldán para tenerlo dispuesto a nuestros juegos. Dámaso solía acariciarlo cautelosamente y de lejos, con un zapato, y al ver los mimos que le hacíamos al minino silvestre llamaba alborozado: “¡Eulalia, Eulalia, ven para que las veas!”. Tanta efusión afectiva, hija de nuestras tierras americanas jóvenes y desinhibidas, siempre conmovieron al gran maestro.

Pronto nuestra condición ultramarina haría crisis en la metrópoli. Todos los días nos presentábamos mi hermana y yo en el Ministerio de Educación para intentar homologar nuestros títulos universitarios, tarea imprescindible para poder seguir estudios con carácter oficial en la Complutense. La revalidación iba tardando demasiados meses, y Dámaso me hizo un programa de estudios provisional para que no perdiera el semestre. Los encargados de la tarea de convalidar títulos eran unos bedeles mal encarados que nos despedían, como otrora a Larra, con un malhumorado “vuelva ud. mañana”. Dámaso Alonso decidió terciar por mí y urdió un plan maestro: él argumentaría personalmente mi caso antes las autoridades del Ministerio, diciendo que él era quien me había traído a Madrid y que yo era, por lo tanto, su responsabilidad directa. Yo debía callar mientras él negociaba mi caso.

Al acercarnos al temido Ministerio en el coche oficial de Dámaso, que era por aquel entonces Director de la Real Academia, pensé esperanzada que mi desgracia burocrática quedaría solventada en segundos, pues necesitaba convalidar estudios justamente en Lenguas Románicas, la mismísima especialidad del distinguido catedrático. Imposible encontrar un “enchufe” más estratégico. Dicho y hecho: Dámaso se presenta al Ministerio, con su gran despliegue de autoridad, junto a su niña muda, y un primer bedel vagamente irrespetuoso lo envía, dado quien era, a una autoridad más alta, pero ésta “autoridad” lo envía a otra y luego a otra, mientras Dámaso argumentaba mi caso cada vez con más desvalimiento. Ni liarse a gritos con la última de las instancias administrativas sirvió de nada. Vi con mis propios ojos cuando Dámaso bajó la cabeza y acto seguido nos fuimos, derrotados y aturdidos. Terminé estudiando la maestría en la Universidad de New York en Madrid y cursando luego los cursos del doctorado en la Complutense sin garantía ninguna de convalidación. Nunca logré la deseada homologación —aún está pendiente— y mi antiguo amigo Dámaso me recomendó a Harvard, donde al fin logré doctorarme en literaturas románicas.

No fui la única víctima del fosilizado Ministerio de Educación: estudiaba

a su vez el doctorado el hoy insigne escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez, sobre cuya obra tanto habría de escribir en el futuro. Las humillaciones a las que nos sometían a diario aquellos encontronazos burocráticos de aquella España del “vuelva ud. mañana” me reducían a las lágrimas, que consolaban siempre la sonrisa relampagueante de Luis Rafael, alias “Wico”. Un día, indignado, mi amigo me resumió en un microdrama delicioso la hiel nuestra de cada día con una frase que me quedó clavada para siempre en la memoria: “Hoy llegué al Ministerio y el bedel de turno dijo: —aquí ha llegado un perro”.

Luis Rafael y yo dimos entonces en pasear nuestras tristezas ante tanto escollo académico que podía dar al traste con nuestras carreras universitarias. He dicho tristezas, pero tiene otros nombres: en su *Secretum*, Petrarca llamaba *accidia* a lo que hoy denominamos con la voz menos elegante de “depresión”; Durero la pinta mano en mejilla bajo el nombre de *melencolia*, y el post-modernista Herrera y Reissig la torna en una mimada neurastenia. Pero yo no puse mi mano en mejilla: me fui del brazo de la sonrisa cómplice de Wico a pasear mi *accidia* por las calles de Madrid, que se inundaban de sol con su presencia cómplice. Que no hay alegría mayor que deprimirse como Dios manda junto a un amigo entrañable.

Nuestros paseos duraban nueve o diez horas y, aunque no tenían rumbo fijo, nos llevaban de manera fatal a recalar a Pompas Fúnebres, la funeraria más exclusiva de Madrid. Allí aquellos dos jóvenes unidos en la *accidia* y momentáneamente enamorados de la muerte, atisbaban por el cristal, oteando ávidos el cadáver madrileño de turno. Wico me convidaba solícito: “asómate, Luce, a ver el muertito de hoy: ¡¡qué envidia!!”. Y era tal su entusiasmo valleinclanesco, que se me derretía la tristeza en risa incontrolable. Sin saberlo, Wico me curaba al convocarme a la mejor de las risas: la que uno dirige, compasivo, contra uno mismo. Pero nuestra melencolia atraía fenómenos extraños: en otro de aquellos paseos de tristeza deleitosa, nos cruzó de súbito una carroza fúnebre blanca, tirada por caballos, que llevaba con prisa el pequeño ataúd de un bebé. Parecía sacada de una página de Galdós, y al verla, Wico y yo nos miramos estupefactos, hasta que esbozamos ambos una sonrisa asustada, algo mohina, un sí es no culpable. Que luego quedó, eso sí, resuelta también en carcajada luminosa: nuestra *accidia*, como por extraño sortilegio, había contagiando la realidad algo más de lo que era menester, y era preciso irse curando de ella.

Había razones de sobra para la *accidia* en aquella España que no apartó de nosotros su cáliz de amargura. Para comprar los libros de Miguel Hernández, entonces poeta literalmente maldito, había que ir a un sótano secreto de la librería y llenar el parte policial, con lo cual uno quedaba inmediatamente fichado. Experiencias como ésta nos animaron a Merce y a mí, junto a dos amigos, Manuel Martín López y Marcos Ferrer, a establecer un

Aula de Poesía en la Casa del Brasil, el Colegio Mayor donde vivíamos, para ayudar a dar a conocer aquellos poetas prohibidos o relegados, como Machado, Alberti y Lorca. El entusiasmo nos llevó a homenajear personalmente la memoria Miguel Hernández en Alicante. Fue otro poeta del 27, que con los años habría de ser laureado con el Nobel, Vicente Aleixandre, a quien conocimos gracias a Carlos Bousoño, incomparable maestro de poesía, quien nos ayudó en la empresa, por cierto no exenta de peligro. Aleixandre escribió una nota a la viuda de Miguel, Josefina Manresa, para que nos recibiera en Elche. Emprendimos el viaje en un tren lentísimo que se detenía en cada pueblito polvoriento del Levante español. Luego supe que aún así nos cobraron “suplemento de velocidad”. Al llegar al cementerio de Alicante homenajeamos hincados de rodillas el humilde nicho del poeta —¡cuánto penar para morirse uno!— y leímos sus versos, que rara vez se decían a viva voz en aquellos entornos. No pudimos ver a Josefina, que estaba ayudando a su vecina a dar a luz un bebé, aunque no descuento que le atemorizara conocernos, dado el clima político tan tenso de la época. Nos recibió entonces Manuel Miguel, el destinatario de las emocionadas “Nanas de la cebolla”, un joven muy apuesto que nos convidó con gran cordialidad al polvoriento casino de Elche. Fue emocionante ver la leyenda poética hecha realidad, aunque, todo sea dicho, Manuel Miguel ni era perito en lunas ni poeta y parecía más interesado en hablar de fútbol con nuestros amigos y saber si a nosotras nos gustaba bailar. Manuel Miguel habría de morir muy joven del corazón, y siempre sospecho que la malnutrición de aquel trágico zumo de cebollas pudo haber tenido que ver con su deceso a destiempo.

Aquella peregrinación juvenil no fue simple gesto hueco: por aquellos años Merce recorrió las cárceles de España para visitar a su novio, que estuvo encarcelado cinco largos años por su condición de disidente político. Aún recuerdo la cárcel helada de Palencia. Con los años mi hermana habría de convertirse en una hernandiana de nota, impartiendo cursos sobre el poeta pastor en ambas orillas del Atlántico junto a su colega José Carlos Rovira.

Encarcelado también estuvo el enorme poeta José Hierro, mi profesor de poesía española en New York University en Madrid. Pepe no podía enseñar en la Complutense, pero el programa norteamericano reunía lo más granado de las letras española, desde Alonso Zamora Vicente hasta José Ares Montes. Mi primer curso con Hierro fue sobre la poesía del 27, y di noticia de ello a Jorge Guillén, con quien habíamos tomado el mismo curso en la Universidad de Puerto Rico, y con quien manteníamos correspondencia continua. Guillén, muy aislado por aquel entonces de las letras españolas, indagó con cierta ansiedad cómo lo trataba Pepe Hierro en el curso: temía que la enemistad de los poetas del 27 con Juan Ramón, el

poeta de cabecera de Pepe, tendiera sombras sobre su propia poesía. Me fue dado terciar entre ambos poetas y disipar los temores de Guillén, pues Hierro siempre enseñó con respeto y admiración sus versos. Sus versos, tan amados: con el paso de los años, Guillén leería en mi boda bajo un manzano florido sus décimas “Las doce en el reloj”.

Una de las experiencias más nutritivas de nuestros años madrileños fue asistir los jueves a la Tertulia de Poesía de la Librería Abril, en la Calle del Arenal, que dirigía Hierro con Aurora de Albornoz. Allí conocimos a Gerardo Diego, a Blas de Otero, a Gabriel Celaya, junto a tantos poetas jóvenes que hoy son célebres. Hierro nunca hablaba de su pasado carcelario, tan traumático para él, pero terminó por legarnos todos sus inéditos antiguos porque Merce escribía por entonces su tesis sobre su poesía. Mi hermana tuvo que abandonar los estudios momentáneamente y quedé yo como custodia del legado, demencialmente generoso, de Pepe. Copié todos los documentos y le devolví los originales al poeta antes de marcharme de España. El destino me reunió con Hierro veinte años más tarde en ocasión del Centenario de Zenobia Camprubí que celebró la Universidad de Puerto Rico. Como se sabe, Juan Ramón legó su biblioteca y su Premio Nobel a mi Universidad, que lo acogió y lo consoló en el exilio, y era precisamente a Puerto Rico donde el entonces jovencísimo poeta José Hierro le escribía cartas cargadas de melancolía y de poesía juvenil y esperanzada. Juan Ramón era su poeta favorito, su verdadero maestro, hasta el punto que bautizó su primer hijo con el sonoro nombre de Juan Ramón Hierro. Precisamente en la Sala Zenobia/Juan Ramón, en la efusión del reencuentro, le dije a Pepe que aún atesoraba la copia de sus inéditos. Descubrí con estupor que ya no eran “copias”, pues Pepe me confesó que había destruido los originales. Temerosa del furor destructivo del poeta, nacido del dolor de muchos recuerdos penosos, publiqué con su permiso expreso todo el legado inédito, que incluía, entre muchas otras cosas, su correspondencia con Juan Ramón y sus primeros cuentos, escritos en la cárcel, que alteraban significativamente la cronología de la obra hierrana. Tuve la agridulce alegría de presentar en la Casa de América junto a Pepe mis dos volúmenes sobre su obra: *Guardados en la sombra* y *Entre libélulas y ríos de estrellas*: José Hierro, poeta de lo imposible. Faltaban unas escasas semanas para su muerte. Sus últimas palabras fueron: “Nos vemos en tu orilla. O en mi orilla. O en la otra orilla”. Habrá de ser en la otra.

La poesía que siempre iba y venía entre ambas orillas del Atlántico fue el fruto inapreciable de mi experiencia de estudiante en Madrid. Cierro estas evocaciones con otro poeta de allende los mares: Rubén Darío, cuyo centenario celebró Madrid por todo lo alto en 1967. Un entrañable amigo, César Ardavín, director de cine galardonado con el *Oso de Plata* de Berlín por su película sobre el Lazarillo, me invitó a filmar un documental sobre

la vida de Darío en Navalsauz. En este pueblito de la Sierra de Gredos había vivido a principios de siglo el poeta con Francisca Sánchez, su compañera de 17 años, a quien dedicara los inolvidables versos “Seguramente Dios te ha conducido / para regar el árbol de mi fe/hacia la fuente de noche y de olvido/Francisca Sánchez, ¡acompañame!”. Nos fuimos adentrando poco a poco en la sierra en un coche y una furgoneta que cargaba el equipo de filmación. Al principio la guardia de camino nos indicaba la ruta, pero conforme avanzábamos, éstos desaparecieron para dar paso a los pastores, que fueron los únicos que a la larga pudieron dirigirnos al pueblo.

Navalsauz consistía en unas escasas calles, y estaba casi totalmente despoblado de varones, que para solventar la penuria económica se habían ido a trabajar a Alemania. Al vernos llegar, un grupo de ancianas y de niños rodeó los vehículos dando grandes muestras de alegría. Al fin nos explicaron su alborozo: (¡creían que íbamos a instalarles la luz eléctrica!). Les explicamos enseguida nuestro propósito de filmar un documental para televisión en el pueblo que albergó los amores de Francisca y Darío. Pero la decepción de algunas de las venerables ancianas se volvió a convertir en entusiasmo, pues la posibilidad de recordar al vate nicaragüense era un regalo de veras inesperado. Dos de ellas eran niñas pequeñas cuando Darío llegó con Francisca a lomo de mula al pueblo, y eran las encargadas de tirar pétalos de rosa a su paso. Emocionada por el recuerdo, una de ellas se me acercó, y me susurró cómplice al oído un “secreto” guardado por más de 60 años: “no estaban casados...”.

Aunque una de mis interlocutoras evocaba a Darío como “el poeta más grande del mundo”, la mayor parte de ellas lo recordaba como embajador, y no cesaban de alabar la elegancia del recién llegado en su deslumbrante uniforme de diplomático. Años más tarde tendría ocasión de ver el mismísimo uniforme en León de Nicaragua, junto a Ernesto Cardenal: España lo había restaurado como regalo a Nicaragua en ocasión de los fastos del 92. Por el maniquí que lucía el uniforme me di cuenta de que Darío sería muy alto y atlético: no cabe duda que debió haber deslumbrado con su apostura a las féminas de Navalsauz.

Roto el hielo con todas estas confesiones entrañables, nuestras amigas campesinas nos llevaron a la casa que ocuparon Darío y Francisca, donde estuvo el invaluable archivo de Darío antes de pasar a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en 1956. También vimos el pequeño predio de tierra donde uno de los ancianos, entonces niño, llegó a arar con el poeta. César Ardavín quiso hacer unas tomas del pozo del pueblo —el mismo que usaría Darío— y le dio instrucciones a una de las ancianas para que sacara agua para la escena. Pero ella no escuchaba las instrucciones del director, y vino otra amiga a sustituirla. Tampoco escuchaba. Ardavín pensó que se debía a la avanzada edad de aquellas contemporáneas de Darío. Pero

tampoco la joven que vino en su ayuda lo alcanzó a oír bien. El misterio quedó resuelto cuando llegamos al cementerio: casi todas las humildes tumbas ostentaban el apellido “Sánchez”. Debía tratarse pues de un problema congénito debido a la endogamia.

Entre las lápidas hubo una que nos conmovió profundamente: la de Phocás, el campesino, el hijo de Darío y Francisca que murió prematuramente. Nos comentaron en el pueblo que el único vástago sobreviviente, Rubén Darío Sánchez, a quien el poeta llamaba “Güicho”, nacido en 1907, era pastor de cabras en un pueblo cercano. Supe más tarde que nunca aceptó la invitación de las autoridades de Madrid a estar presente en la celebración del centenario de su padre. Cuántos Rubén Darío arando la tierra: el verso melancólico de Ernesto Cardenal encarnaba literalmente en este hijo perdido en la sierra de Gredos.

Después de mucho hablar, una de aquellas niñas —ya anciana— que había arrojado pétalos de rosas al paso del Príncipe de las letras castellanas, me confesó admirada: “¡Ud. habla como Darío!”. Claro que mi acento puertorriqueño no corresponde del todo al nicaragüense, pero aquella mujer nunca había vuelto a oír un acento hispanoamericano entre la visita de Rubén Darío y la mía.

Aún hablo “como Darío”. Y ello, no empecé mi complicidad con las letras españolas, a las que habría de dedicar toda mi vida de estudiosa. Pero pienso que la terra nostra de la lengua española convirtió al Atlántico en íntimo mare nostrum a partir de 1492. España y América terminan homologándose en uno merced a la magia de la palabra hermanada, esa que sonaba a trino de pájaros en una orilla y a rumor de botas en la otra, por decirlo con palabras de Carlos Fuentes. Nuestro idioma en común siempre tiende un puente generoso entre nuestras dos orillas. A lo largo de mi vida he cruzado tanto ese puente íntimo entre América y España (labor de investigación de archivos, cursillos, conferencias) que pienso que mis años de estudiante en Madrid son en el fondo una experiencia incesante. La oblata studiorum en la que habría de convertirme nunca ha dejado de aprender y de enseñar a aprender, y sé bien que mis estudios madrileños, ya tan antiguos, habrán de seguir multiplicándose el alma hasta mi último aliento.